

LO PEOR NO FUE MORIR



Jr Perez

CAPÍTULO 1: EL INICIO DEL SILENCIO

Tienes cáncer intestinal.

El médico lo dijo con una claridad seca, sin dramatismo, como si al pronunciarlo solo estuviera cumpliendo con una obligación profesional y no alterando para siempre la forma en que un hombre iba a mirar el resto de sus días. Mientras hablaba de estudios, de una masa localizada, de probabilidades y de tratamientos posibles, él permaneció sentado con las manos inmóviles sobre las piernas, observando la punta del bolígrafo del médico señalar una imagen que ya no parecía pertenecerle del todo. Escuchó palabras que, en otro contexto, habrían exigido atención inmediata. Etapa. Intervención. Respuesta. Seguimiento. Pero ninguna logró imponerse sobre aquellas dos que habían caído con la brutalidad silenciosa de lo irrevocable.

Preguntó cuánto tiempo tenía y, al hacerlo, no hubo temblor en su voz. Eso fue lo más extraño. Ni siquiera él se reconoció en esa calma. El médico respondió con la prudencia habitual de quien conoce el peso de las cifras y la crueldad de las certezas. Habló de escenarios abiertos, de posibilidades, de la necesidad de actuar pronto. No le dio una respuesta exacta. No hizo falta. Hay ocasiones en las que una evasión bien dicha contiene más verdad que cualquier número.

Se levantó con la carpeta en la mano, agradeció por costumbre y salió del consultorio con pasos lentos, ordenados, como si todavía le perteneciera una normalidad que ya empezaba a resquebrajarse. Recorrió el pasillo del hospital sin mirar a nadie. El brillo limpio de las paredes, el olor a desinfectante, el zumbido lejano de unas ruedas sobre el piso, todo parecía diseñado para sostener una falsa impresión de control. Pero él ya sabía que el cuerpo puede traicionarse incluso cuando por fuera sigue pareciendo obediente.

Al salir a la calle, el mundo continuó sin inmutarse. Los carros siguieron pasando, una mujer discutía por teléfono en la esquina, alguien reía demasiado alto cerca de una parada, y el semáforo cambió de color con una puntualidad irritante. Se quedó quieto unos segundos en la acera, sosteniendo la carpeta con una fuerza inútil, como si aquella presión pudiera impedir que la noticia terminara de asentarse en él.

Tomó aire.

Eso fue lo primero que sintió de manera distinta.

No dolor. No miedo. Ni siquiera desesperación. Solo el aire entrando y saliendo de su cuerpo con una claridad extraña, como si hasta ese instante hubiera respirado por costumbre y no por conciencia. Se dio cuenta, con una incomodidad difícil de explicar, de que nunca antes había prestado atención a algo tan simple. Inhaló otra vez, más despacio. La ciudad siguió sonando igual, pero él ya no estaba en el mismo lugar dentro de ella.

Sacó el teléfono del bolsillo. Tenía un mensaje de ella.

¿Saliste ya? Si pasas por el supermercado, trae café.

La pantalla le devolvió esas palabras con una normalidad casi cruel. No sospechaban nada. No anunciaban nada. Eran domésticas, sencillas, parte de una vida compartida que hasta esa mañana seguía intacta. La miró varios segundos. Bastaba una frase. Unas pocas palabras. Podía responderle en ese mismo instante y permitir que el peso dejara de ser únicamente suyo. Podía decirle la verdad. Podía impedir que la noche lo encontrara sentado frente a ella fingiendo una normalidad que ya no existía.

Pero bloqueó el teléfono y volvió a guardarlo.

No iba a decírselo. No a ella. No a nadie.

La decisión no le pareció heroica ni inteligente. Tampoco le pareció una forma de negación. Fue algo más inmediato, más torpe, más humano. No quería ver cómo cambiaba la mirada de los otros al enterarse. No quería convertirse de golpe en alguien frágil, en alguien a quien se le habla distinto, en alguien a quien se le empieza a medir el tiempo incluso cuando sigue estando vivo. Y en su caso había algo más: no quería entrar en su propia casa convertido en una noticia. No quería que el espacio compartido con ella se llenara de miedo desde ese mismo día.

Empezó a caminar sin una dirección concreta, dejándose llevar por la necesidad de moverse. A medida que avanzaba, pequeñas cosas comenzaron a imponerse sobre él con una nitidez que antes no tenían. Un niño intentaba alcanzar la mano de su madre entre la gente. Un hombre mayor buscaba monedas en el bolsillo con la urgencia de quien cuenta más de una vez para confirmar que no le falta nada. Un repartidor detenido junto a su motor tenía los ojos cerrados apenas unos segundos, como si estuviera reuniendo fuerzas para seguir. Nada de eso era extraordinario. Lo extraordinario era que él lo estaba viendo.

Entró en una cafetería casi por reflejo. El aire frío del local lo recibió con una brusquedad agradable. Eligió una mesa junto a la ventana, dejó la carpeta a un lado sin abrirla y pidió café. La camarera lo atendió con una cortesía automática, y cuando regresó con la taza, él alzó la vista para darle las gracias. Fue entonces cuando notó en su rostro ese cansancio discreto que tantas personas llevan encima sin permitirse mostrarlo del todo.

—¿Día largo? —preguntó, antes de pensar si la pregunta tenía sentido.

Ella lo miró apenas un instante, sorprendida de que alguien hubiese detenido la atención ahí.

—Un poco —dijo, con una sonrisa breve—. Ya casi termino.

Él asintió, y durante unos segundos no hizo nada más que observar cómo se alejaba. No por interés particular, ni por curiosidad vacía, sino porque había algo nuevo en su manera de mirar: una lentitud, una atención, una clase de respeto que antes no se concedía. Bebió un sorbo de café y descubrió que incluso el calor subiéndole por la garganta parecía distinto. Todo se había vuelto extrañamente concreto.

Cuando salió de la cafetería, la tarde empezaba a perder fuerza. Caminó unas cuadras más y vio a un hombre tratando de levantar una caja demasiado pesada hacia la parte trasera de una camioneta. El esfuerzo le estaba ganando. Se le notaba en la postura, en el gesto de la mandíbula, en la resignación con la que volvía a acomodar las manos para intentarlo otra vez. Varias personas pasaron de largo. Él habría hecho lo mismo cualquier otro día.

Esta vez no.

Se acercó sin demasiadas palabras y tomó uno de los extremos de la caja. El hombre lo miró con sorpresa, luego con alivio. Entre los dos la levantaron y la dejaron dentro del vehículo. El agradecimiento fue breve, casi torpe. Él respondió con un movimiento de cabeza y siguió caminando antes de que el momento tuviera tiempo de volverse solemne.

No era un gran acto. Ni siquiera una escena importante. Pero mientras se alejaba sintió algo que no había sentido al salir del hospital: por un instante había estado completamente presente. No pensando en sí mismo, no calculando, no huyendo. Solo ahí.

Terminó entrando al supermercado que ella le había mencionado. Tomó el café casi por inercia, luego se quedó quieto frente a una nevera abierta, mirando productos sin verlos realmente. A su alrededor, la gente seguía empujando carritos, comparando precios, discutiendo marcas de arroz o detergente, decidiendo la cena. La vida en su forma más simple, más repetida, más común. Y, de pronto, todo eso le pareció extraordinario. No por hermoso, sino por frágil.

Cuando llegó al apartamento, escuchó sus pasos antes de verla. Ella estaba en la cocina, de espaldas, acomodando algo sobre la encimera. El olor de la comida llenaba el espacio con una familiaridad casi insoportable. Durante un segundo él se quedó inmóvil en la entrada, sosteniendo la bolsa del supermercado y mirándola como si la estuviera viendo desde un lugar nuevo, más lejano y más hondo al mismo tiempo.

—¿Compraste el café? —preguntó ella, sin girarse todavía.

—Sí.

Su propia voz le sonó extraña, demasiado normal.

Ella se volvió al oírlo y sonrió apenas, con esa naturalidad doméstica que no necesita esfuerzo. Se acercó, le quitó la bolsa de una mano y le dio un beso breve, distraído, habitual. Ese gesto mínimo lo atravesó con una fuerza absurda. Él se quedó quieto un segundo más de lo necesario, como si su cuerpo hubiera querido retener algo que antes daba por seguro.

—¿Todo bien? —preguntó ella entonces, mirándolo mejor.

La pregunta era simple. Casi automática.

Él sostuvo su mirada apenas un instante.

—Sí. Solo estoy cansado.

La mentira salió limpia, sin tropiezos. Eso le molestó más de lo que esperaba.

Durante la cena, ella habló de cosas pequeñas. Del trabajo. De una compañera nueva. De una factura que debían pagar antes del viernes. Él la escuchó con una atención desacostumbrada, observando la forma en que levantaba la mano para apartarse el cabello, el modo en que se detenía a pensar una palabra, el pequeño gesto de cansancio en sus hombros al final del día. Cosas mínimas. Cosas que había visto antes, pero no con esa conciencia. Cada una parecía pertenecer de pronto a un orden más delicado.

—¿Qué pasa? —preguntó ella en un momento, dejando los cubiertos sobre el plato—. Me estás mirando raro.

Él bajó la vista por un segundo y tomó aire antes de responder.

—Nada.

Ella lo siguió observando, aunque no insistió. Sonrió apenas, con duda, y cambió de tema. Pero él sintió que en esa respuesta había ocurrido algo más grave que una simple omisión. Había levantado la primera pared dentro de la casa que compartían.

Más tarde, cuando ella se fue a bañar, él abrió la bolsa del supermercado para guardar lo que faltaba. La carpeta seguía debajo de su brazo desde que salió del hospital. La había traído con él como quien carga una prueba que todavía no se atreve a mirar de frente. La dejó sobre la mesa del comedor y se quedó de pie delante de ella sin abrirla.

Escuchó el agua caer al otro lado del apartamento.

Esa fue la verdadera dimensión de su silencio.

No se trataba de ocultarle algo a una mujer con la que salía. Se trataba de mentir dentro del espacio que compartían. Dormir a su lado con esa verdad intacta. Verla despertarse al día siguiente y seguir actuando como si el tiempo no acabara de cambiar de forma entre los dos.

Fue hasta la ventana. Afuera, la ciudad empezaba a encenderse con esa calma engañosa de las noches que parecen iguales entre sí. Apoyó una mano en el vidrio y volvió a tomar aire, más lento esta vez. Respiró como si intentara fijar en el cuerpo una verdad que todavía no sabía cómo llevar. El aire entró, salió, y por primera vez no le pareció una acción menor. No era alivio. Era conciencia.

Detrás de él, el apartamento seguía sonando igual. El agua de la ducha. Un cajón que se cerraba. La vida compartida continuando con una normalidad intacta.

Entendió entonces que el problema no era solo la enfermedad. El problema era que a partir de ese momento nada volvería a sentirse automático. Ni el tiempo. Ni los gestos. Ni el amor. Ni siquiera algo tan sencillo como respirar.

No iba a decirlo.

Pero tampoco iba a seguir viviendo como antes.

CAPÍTULO 2: LO QUE NO SABE DECIR

Durante los días siguientes, la noticia no existió fuera de él. Siguió levantándose a la misma hora, entrando y saliendo del apartamento con la misma rutina ordenada de siempre, respondiendo con normalidad a las preguntas simples y ocupando su lugar en la vida compartida con una precisión que empezaba a parecerle cruel. Desde afuera no había nada evidente. Él seguía ahí. Seguía durmiendo a su lado, tomando café en la misma mesa, dejando las llaves en el mismo sitio al llegar. Pero por dentro cada gesto había adquirido un peso distinto, como si la costumbre hubiera dejado de ser una comodidad para convertirse en una cuenta regresiva silenciosa.

Las mañanas eran lo más difícil.

Ella se levantaba primero algunas veces, otras se quedaba unos minutos más en la cama, medio dormida, con el cabello desordenado y la respiración tranquila. Él empezaba a observarla entonces con una atención que antes no se permitía. No era una mirada romántica en el sentido fácil de la palabra, sino algo más hondo y más doloroso: la contemplaba como si estuviera intentando memorizar la simpleza irrepetible de tenerla ahí, a pocos centímetros, todavía ajena a todo. El sonido del agua en la ducha, la forma en que se inclinaba frente al espejo, el gesto distraído con que buscaba una taza limpia entre las alacenas, todo parecía pertenecer de pronto a una dimensión más frágil.

Ella lo notó antes de entenderlo.

—Últimamente estás muy callado —le dijo una mañana, mientras revolvía el café sin mirarlo.

Él levantó la vista del plato.

—Estoy pensando.

Ella sonrió apenas, con una ironía leve.

—Siempre estás pensando.

La frase, dicha así, pudo haber sido una broma. Pero en el fondo llevaba una observación real. Él ya era un hombre reservado antes de enfermarse. La diferencia era que ahora no se encerraba en sus pensamientos por distancia, sino por exceso de presencia. Ya no callaba porque el mundo le importara poco. Callaba porque todo empezaba a importarle demasiado.

En el trabajo logró sostener la máscara mejor de lo que imaginaba. Las horas pasaban entre correos, llamadas y conversaciones mecánicas que no exigían demasiado de él. Pero incluso allí empezó a notar cosas que antes habría dejado pasar. El cansancio verdadero en la voz de un compañero. La incomodidad mal disimulada de una mujer que fingía estar bien.

La manera en que casi todos corrían como si el tiempo fuera inagotable. Esa percepción constante no lo volvía más liviano. Al contrario. Lo dejaba exhausto.

Una tarde, al salir de la oficina, vio a un hombre mayor forcejeando con dos bolsas de supermercado en la entrada de un edificio. Nadie se detenía. Él tampoco habría detenido su paso semanas atrás. Esta vez se acercó sin pensarlo mucho, tomó una de las bolsas y lo acompañó hasta el ascensor. El hombre le agradeció con un alivio torpe, como si la simple ayuda de otro fuera una rareza. Él respondió con una inclinación breve de cabeza y volvió a la calle con una sensación extraña: no estaba haciendo grandes cosas, pero en cada gesto mínimo sentía que estaba usando mejor el tiempo que le quedaba.

Cuando llegó al apartamento, ella estaba sentada en la sala con la computadora abierta sobre las piernas. Había dejado una lámpara encendida y el resto del lugar estaba en penumbra. Él se quedó quieto un momento mirándola desde la entrada. La escena era completamente común, y precisamente por eso le produjo una punzada limpia en el pecho.

—¿Qué haces ahí parado? —preguntó ella, levantando la vista.

—Nada.

—Otra vez “nada”.

Él sonrió apenas y dejó las llaves sobre el mueble de la entrada. Ella cerró la computadora y lo observó con más atención.

—Tienes una cara horrible —dijo, sin suavizarlo—. ¿Comiste algo hoy?

—Sí.

—¿Seguro?

Él asintió, aunque la verdad era que apenas había probado un sándwich a media tarde. El hambre empezaba a comportarse de forma extraña. Había momentos en que no sentía ninguna, y otros en los que el estómago se le cerraba antes del primer bocado. No quería pensar todavía en lo rápido que el cuerpo podía empezar a delatarlo.

Ella se levantó del sofá.

—Voy a calentar la cena.

Él quiso decirle que no se molestara, que podía hacerlo él, que no tenía hambre. Pero la vio caminar hacia la cocina con esa naturalidad de quien aún cree que el cuidado puede expresarse en actos sencillos, y no dijo nada. Se sentó a la mesa mientras escuchaba el ruido de los platos, el golpeteo suave de los cubiertos, la puerta del microondas cerrándose con un clic familiar. Todo sonaba igual que siempre. Todo seguía funcionando. Y, sin embargo, él ya estaba viviendo en otro sitio.

Cenaron frente a frente. Ella habló de su día, de una discusión absurda en el trabajo, de un plan que una amiga quería organizar para el mes siguiente. Él la escuchó con una atención tan fija que al principio pareció ternura. Pero después de unos minutos ella dejó de hablar.

—¿Por qué me miras así? —preguntó.

Él tardó un segundo en responder.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras despidiéndote de mí y no quisieras que me dé cuenta.

La frase lo atravesó con una precisión brutal. Bajó la mirada hacia el plato, tomó aire despacio y notó una ligera resistencia en el pecho, mínima todavía, pero suficiente para obligarlo a medir la respiración antes de hablar.

—Estás imaginando cosas.

Ella se quedó en silencio unos segundos, mirándolo con una mezcla de irritación y desconcierto.

—No. Tú estás ocultando algo.

Él negó con la cabeza, demasiado rápido.

—No estoy ocultando nada.

La mentira salió limpia, pero por dentro le dejó una sensación de suciedad difícil de soportar.

Ella apartó el plato.

—No te reconozco —dijo al fin, más cansada que molesta—. Estás aquí, comes conmigo, duermes conmigo, me respondes todo... pero es como si ya no pudieras estar del todo en ninguna parte.

Él la miró sin saber qué hacer con esa verdad puesta enfrente. Quiso decirle que estaba más presente que nunca, que precisamente ese era el problema. Quiso explicarle que de pronto la escuchaba respirar por la noche, que la veía caminar por la casa como si cada pequeño gesto suyo contuviera algo irrepetible. Quiso decirle que el tiempo ya no se movía igual dentro de él.

Pero no podía empezar por ahí.

No sin decirlo todo.

—Solo estoy cansado —murmuró.

Ella soltó una risa breve, sin humor.

—Estás cansado desde hace días. Estás callado desde hace días. Me miras raro desde hace días. Y cada vez que intento entenderte, me dejas afuera.

Él sostuvo su mirada con una tristeza que no alcanzó a convertirse en confesión.

—No sé cómo explicarlo.

Esa frase, al menos, era verdad.

Ella se levantó de la mesa y llevó su plato a la cocina. No hizo ruido de más. No cerró puertas con fuerza. No convirtió el dolor en escándalo. Y esa contención fue peor. Él se quedó sentado unos segundos, mirando la copa de agua a medio terminar frente a él, antes de levantarse para seguirla.

La encontró apoyada en la encimera, de espaldas.

—No quiero pelear —dijo ella, sin volverse—. Solo quiero dejar de sentir que vivo con alguien que está desapareciendo frente a mí.

Él cerró los ojos un instante.

Desapareciendo.

La palabra quedó suspendida dentro de él con un peso insoportable.

Se acercó un poco, sin tocarla todavía.

—No me estoy yendo.

Ella se giró al fin. Tenía los ojos brillantes, pero no iba a llorar. Todavía no.

—Entonces hágame.

Ahí estuvo a punto.

La frase subió entera, clara, exacta. La vio casi formada entre ambos, como si pudiera tomar cuerpo si él daba un solo paso más. Pero justo entonces sintió otra vez esa fatiga sorda, ese aviso íntimo del cuerpo, el pequeño tirón en el vientre, la necesidad de inhalar más espacio para sostenerse. Le pareció imposible pronunciar una verdad así sin que, al hacerlo, todo el apartamento se convirtiera de golpe en otra cosa. Ya no la cocina, ya no la mesa donde cenaban, ya no la cama compartida. Todo quedaría invadido por la enfermedad.

Y eligió callar.

Ella lo supo en la forma en que él bajó la mirada.

—No sé qué te pasa —dijo, con la voz más baja ahora—, pero ya no sé cómo estar contigo así.

La frase cayó entre ellos con una limpieza definitiva. No era una amenaza. Era cansancio. Era amor herido.

Él no intentó detenerla cuando ella salió de la cocina y fue al dormitorio. La escuchó moverse un rato al otro lado del apartamento, abrir un cajón, cerrar una puerta, dejar algo sobre la mesa de noche. Él permaneció quieto, con ambas manos apoyadas sobre la encimera, respirando espacio hasta que el temblor interno se ordenó un poco.

Más tarde entró a la habitación. Ella ya estaba acostada, de espaldas, con la luz apagada. La oscuridad le permitió sostener una mentira más.

Se desvistió despacio y se metió en la cama con cuidado de no rozarla demasiado. Aun así, sintió el calor de su cuerpo a pocos centímetros, esa cercanía conocida que tantas noches había dado por segura. Permaneció boca arriba, mirando el techo, mientras escuchaba su respiración volverse más profunda. Le dolió entender que incluso ese sonido podía llegar a ser un recuerdo.

A mitad de la noche se despertó con una molestia sorda en el abdomen. No era un dolor abierto, pero sí una advertencia. Se quedó inmóvil unos segundos, respirando con lentitud para no despertarla. Cuando se incorporó, lo hizo con cautela, apoyando una mano en el colchón y otra en el borde de la cama. Fue hasta el baño sin encender la luz del pasillo. Allí, bajo la claridad fría del espejo, se vio más cansado de lo que había querido admitir.

Se apoyó en el lavamanos y esperó a que pasara.

Tomó aire una vez. Luego otra. Más lento.

Detrás de la puerta, ella seguía durmiendo sin saber nada.

Esa fue la verdadera dimensión del secreto: no callaba solo una noticia, sino una frontera. Desde ese momento había una parte de su vida ocurriendo fuera de la vida compartida.

A la mañana siguiente ella estaba más silenciosa que de costumbre. Preparó café, dejó una taza frente a él y recogió su bolso antes de salir. Cuando pasó junto a su silla, se inclinó para darle un beso en la mejilla. El gesto fue suave, casi automático, pero menos pleno que otros días.

—Avísame si vas a llegar tarde —dijo.

—Sí.

Ella asintió y se fue.

Él se quedó solo en la cocina, con la taza humeando delante y una claridad dolorosa empezando a ordenarse dentro de él. Había imaginado que callar lo protegería a él, quizá también a ella. Pero por primera vez entendió que el silencio no era un refugio. Era algo que ya estaba modificándolo todo. La manera en que la miraba. La manera en que mentía. La forma en que el apartamento, sin cambiar de sitio, empezaba a llenarse de una distancia nueva.

Esa tarde, al salir del trabajo, compró flores.

No supo bien por qué. No era una fecha especial. No había ocurrido nada que justificara el gesto. Tal vez solo necesitaba hacer algo sencillo que no sonara a despedida y, sin embargo, naciera de la misma urgencia. Cuando llegó a casa, las dejó sobre la mesa.

Ella las vio al entrar a la cocina y lo miró con sorpresa.

—¿Y eso?

Él se encogió de hombros.

—Las vi y me gustaron.

Ella sonrió, pero en esa sonrisa había algo frágil, casi desconfiado.

—Gracias.

Las puso en agua, acomodó los tallos y permaneció un momento mirándolas. Él la observó desde el otro extremo de la cocina. Por un instante, la escena tuvo una paz engañosa, como si todavía pudieran habitar la misma normalidad de antes. Pero incluso en esa calma había un filo.

Porque ahora él sabía algo que ella ignoraba.

Y mientras más intensamente empezaba a valorar la vida compartida que tenían —el café de la mañana, las flores improvisadas, el sonido de sus pasos por la casa, la respiración de ambos en la misma cama—, más evidente se volvía que el silencio no estaba protegiendo lo que amaba.

Lo estaba hiriendo.

CAPÍTULO 3: LA FORMA DE QUEDARSE

Después de las flores no llegó una reconciliación verdadera. Lo que hubo fue una tregua breve, una pausa frágil que les permitió seguir viviendo dentro del mismo apartamento sin tocar el centro del problema. Ella dejó los tallos en un jarrón bajo y, durante algunos días, el color de los pétalos sostuvo una belleza pequeña dentro de una casa que empezaba a llenarse de silencios más densos. Él las miraba a veces desde la mesa, con la taza de café entre las manos, y pensaba que incluso algo tan delicado como eso parecía tener más resistencia que ciertas verdades cuando nadie se atrevía a nombrarlas.

La convivencia empezó a cambiar en los detalles mínimos, que siempre son los primeros en delatar lo que una relación todavía no quiere admitir. Ya no se trataba solo de cenas en las que hablaban menos o de esa sensación constante de que ambos caminaban alrededor de una conversación que nunca terminaba de ocurrir. Ahora estaba el cuerpo. El suyo, sobre todo. El cansancio dejó de ser una molestia discreta para convertirse en una presencia fija. Había mañanas en las que levantarse de la cama le exigía unos segundos de más, como si durante la noche el cuerpo hubiera ganado un peso ajeno. Se quedaba sentado en el borde del colchón antes de ponerse de pie, apoyaba una mano en el marco de la puerta al salir del baño, tardaba demasiado en vestirse y dejaba el desayuno a medias con la excusa de que no tenía hambre.

Ella lo notó antes de decidir que estaba realmente asustada. Al principio lo miraba con esa mezcla de duda y paciencia que tienen quienes todavía creen que lo que les inquieta puede explicarse con una mala racha. Pero poco a poco la inquietud empezó a endurecerse. Una mañana, mientras él apartaba el plato casi intacto y volvía a llevarse la taza a los labios, ella lo observó con una quietud más seria que de costumbre.

—No estás comiendo bien.

Él bebió un sorbo lento, aunque el estómago llevaba días respondiendo con una mezcla extraña de rechazo y vacío.

—No tengo mucha hambre.

Ella no contestó enseguida. Se quedó mirándolo con esa atención silenciosa que a veces pesa más que cualquier discusión.

—Llevas demasiado tiempo “sin mucha hambre”, “sin muchas ganas” y “solo cansado”.

Por un instante pensó en decírselo allí mismo, en esa cocina donde tantas veces habían hablado de cosas pequeñas creyendo que la vida siempre seguiría teniendo espacio para lo importante. Pero ella miró el reloj, se levantó porque iba tarde y el momento se cerró antes de que él pudiera usarlo.

La vio salir con el bolso en el hombro y sintió, otra vez, que el silencio ya no era una simple omisión: era algo que estaba modificando la manera en que se miraban.

Las noches se hicieron más largas. No siempre por dolor, aunque a veces una presión sorda en el abdomen le recordaba su presencia con una insistencia que no podía ignorar. Era más bien una dificultad nueva para encontrar reposo dentro del cuerpo, una incapacidad cada vez mayor para abandonarse al sueño con naturalidad. Dormía a fragmentos. Se despertaba a mitad de la noche y se quedaba inmóvil, escuchando la respiración de ella a su lado, estable y profunda, con la conciencia extraña de que ese sonido sencillo se había vuelto una medida secreta de todo lo que todavía existía.

Pero ella terminó notándolo igual. Una madrugada abrió los ojos y lo encontró sentado en el borde del colchón, inclinado hacia adelante, con los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza baja.

—¿Qué haces? —preguntó con la voz todavía cargada de sueño.

Él levantó la cara y sonrió apenas, demasiado rápido.

—Nada. No podía dormir.

Ella encendió la lámpara de la mesa de noche. La luz lo expuso de golpe: el cansancio debajo de los ojos, la piel más opaca, la respiración medida con un cuidado que ya no parecía normal.

—No me mientas a esta hora.

Él bajó la mirada.

—Solo me siento pesado.

Ella apartó la sábana y se sentó a su lado.

—¿Desde cuándo?

La pregunta lo dejó inmóvil. Porque responderla implicaba una línea temporal, y una línea temporal llevaba a médicos, estudios y decisiones.

—Desde hace unos días —dijo al final.

Ella soltó el aire despacio.

—Vamos al médico mañana.

Él negó con la cabeza.

—No hace falta.

Ella retiró la mano que había apoyado brevemente en su espalda.

—Todo el tiempo “no hace falta”. Todo el tiempo “estoy bien”. ¿Cuándo sí hace falta?

Él no respondió.

—No sé cómo ayudarte si no me dices nada —añadió ella.

Volvieron a acostarse, pero la oscuridad ya no tuvo nada de refugio. Él permaneció despierto largo rato, con la conciencia brutal de que el silencio ya no estaba protegiendo la casa. La estaba enfermando también a ella.

Los días siguientes confirmaron lo que venía evitando pensar. Empezó a faltar al trabajo con excusas vagas. Una tarde regresó con una fatiga tan evidente que ni siquiera pudo fingir normalidad al cruzar la puerta. Dejó las llaves donde pudo, se aflojó la corbata con movimientos torpes y tuvo que sentarse antes de saludarla. Ella apareció desde la cocina y, al verlo así, se quedó quieta un segundo.

—¿Qué pasó?

—Nada. Fue un día largo.

La frase salió gastada. Ella le llevó un vaso de agua y se quedó de pie a su lado.

—Ya no sé qué parte de esto es cansancio y qué parte es mentira —dijo.

Él abrió los ojos y la miró. Ella continuó, sin levantar la voz.

—Llevo semanas viviendo con la sensación de que algo se está rompiendo entre nosotros y tú prefieres mirarme como si no pudiera entenderlo.

Él se incorporó despacio. El simple movimiento le exigió una respiración más honda.

—No es eso.

—Entonces dime qué es.

Todo quedó suspendido durante unos segundos: la luz de la tarde entrando por la ventana, el vaso de agua intacto sobre la mesa, las flores ya vencidas inclinándose en el jarrón. Él tomó aire, sintió el aviso íntimo del cuerpo y comprendió que ya no podía sostenerse mucho más dentro de esa mitad de vida. Abrió la boca. Estuvo a punto. Pero lo único que salió fue una exhalación rota, cansada.

Ella lo miró y algo en su expresión cambió. No era solo rabia. Era agotamiento.

—No puedo seguir adivinándote —dijo.

Luego tomó las llaves del carro y salió del apartamento. Él no intentó detenerla. La oyó bajar las escaleras, una tras otra, sin esperar el ascensor. Después el edificio volvió a quedarse en silencio y él permaneció sentado con el vaso delante, enfrentado por fin a la humillación de haber dejado pasar, otra vez, el único momento que importaba.

Dos días después, mientras ella estaba en el trabajo, el cuerpo dejó de obedecerle lo suficiente. Había pasado la mañana con una debilidad espesa. Intentó ir hasta la cocina y el trayecto, absurdamente corto, lo obligó a apoyarse en la pared, respirando con el cuidado de un hombre mucho más viejo. Llegó al sofá y se quedó allí esperando que pasara, pero esta vez el malestar no cedió. Hubo un instante breve y definitivo en el que entendió que ya no podía seguir administrando solo lo que le ocurría.

No la llamó a ella.

Llamó a emergencias.

Cuando la ambulancia llegó, pidió apenas un minuto antes de salir. Fue hasta la mesa, abrió el cajón donde guardaban facturas y papeles importantes y dejó allí la carpeta del hospital, esa misma que había llevado consigo desde el día del diagnóstico. No escribió ninguna nota. No porque no quisiera, sino porque no encontró una frase capaz de reparar el daño de haber callado tanto.

Cuando ella volvió esa tarde y abrió la puerta, supo de inmediato que algo no estaba bien. No había nada tirado, nada roto, nada que justificara una alarma visible. Pero la casa tenía esa quietud particular de los lugares en los que ha ocurrido algo importante en ausencia de quien debía presenciarlo. Lo primero que vio fue el teléfono de él sobre la mesa del comedor. Nunca salía sin él. Recorrió el apartamento llamándolo por su nombre, hasta que la portera tocó la puerta suavemente desde afuera.

—Se lo llevaron en una ambulancia al mediodía —dijo—. No sabía si usted ya estaba enterada.

Ella fue hasta la mesa del comedor sin saber exactamente por qué. Abrió cajones con una urgencia desordenada hasta encontrar la carpeta. Dentro estaban los estudios, las fechas, las consultas, las palabras que llevaban semanas ocurriendo en paralelo a la vida que compartían. Cáncer intestinal. Tratamiento. Seguimiento. Indicaciones.

Entonces todo se reorganizó con una violencia muda. Las pausas al respirar. El cansancio. Las noches despierto. El plato a medio terminar. Las flores compradas sin motivo. Su forma de observarla como si quisiera retenerla sin tocarla demasiado. No se había alejado porque hubiera dejado de amarla. Estaba tratando, torpemente, de seguir viviendo dentro de la casa sin convertirla en un lugar gobernado por la enfermedad.

Lloró ahí mismo, en la silla del comedor, con las hojas abiertas delante. No con estruendo, sino con esa clase de dolor que llega acompañado de comprensión y por eso mismo corta más hondo. Lloró por él, por ella, por el tiempo mal usado, por cada pregunta hecha desde la frustración sin saber realmente a qué se enfrentaba.

Más tarde fue a la clínica. Cuando por fin lo vio, tendido y más pálido de lo que su memoria quería aceptar, comprendió algo que la devastó todavía más: incluso enfermo, seguía teniendo esa expresión contenida, como si todavía estuviera pidiendo disculpas por el peso que no había sabido compartir. No le reprochó nada. Se sentó a su lado y le tomó la mano. Él abrió los ojos con esfuerzo y, al verla, algo en su rostro cedió apenas. Quiso hablar, pero ella negó con la cabeza antes de que lo intentara.

—Ya sé —dijo, y la voz se le quebró solo al final.

Cuando días después regresó sola al apartamento, la primera impresión fue el ruido del vacío. Todo seguía en su sitio: la taza preferida de él en la cocina, una chaqueta sobre el respaldo de una silla, un libro doblado por la página que había dejado a medias. En la mesa seguía el jarrón de las flores. Ahora solo quedaban tallos vencidos y agua opaca. Los tiró, lavó el recipiente y lo dejó secando junto al fregadero.

Tiempo después, al salir de una farmacia, vio a una mujer delante de ella contando monedas para completar una compra. Lo hacía con una mezcla de vergüenza y apuro, evitando levantar la vista. La escena era mínima, casi insignificante. Sin pensarlo demasiado, ella sacó de la cartera lo que faltaba y lo puso sobre el mostrador. La mujer quiso darle las gracias, pero ella sonrió apenas, negó con la cabeza y salió antes de que el gesto se volviera más grande de lo que era.

Afuera, el aire de la tarde tenía una suavidad extraña. Se detuvo en la acera y respiró despacio, sintiendo por primera vez de forma plena el aire entrar y salir con una conciencia nueva, casi dolorosa. Miró la calle, la gente apurada, los carros, la vida continuando con su costumbre intacta, y entendió que esa era justamente la forma más cruel y más hermosa de todo: el mundo no se detenía, pero aun así podía ser mirado de otra manera.

Él nunca supo decirle la verdad a tiempo.

Pero terminó dejándole, dentro del dolor, una forma distinta de habitar la vida.

MALASLETRAS.COM